

CLASE OBRERA Y ORGANIZACION SINDICAL EN UN TIEMPO DE CAMBIOS: LOS AÑOS '60 EN BRASIL

Gabriela B. Aguila(*) - María Cristina Viano (**)

Indagar en los años '60 en América Latina es pensar en proyectos fuertes, de cambios radicales, tiempos de crítica, de avance de las demandas populares y de contestación social, de nuevos imaginarios y nuevas utopías que encarnan en vastos sectores sociales; y aunque esta dimensión no pueda agotar la mirada sobre aquellos tiempos, es sin duda la que le otorga un carácter original a la década en el contexto de la historia del siglo XX latinoamericano.

En un escenario de creciente protagonismo del llamado Tercer Mundo y en una etapa donde la transformación revolucionaria de la sociedad parecía un horizonte posible, en América Latina fue sin duda la Revolución Cubana el activador fundamental, aunque no excluyente, de procesos de radicalización social y política. Esta experiencia puso a la orden del día la posibilidad de la revolución social en el subcontinente, al tiempo que provocó una profunda crisis dentro de las izquierdas tradicionales -en particular en los partidos comunistas, que postulaban el necesario pasaje por una etapa democrático burguesa-. Ya desde el comienzo de los años 60 la renovación de las clásicas teorías provenientes del marxismo, el nacionalismo y el cristianismo radicalizado se dieron cita para articularse en lecturas sobre los posibles actores sociales capaces de protagonizar la revolución: obreros, campesinos y estudiantes, que aparecían en fuerte crecimiento de conciencia. Como correlato surgió una "nueva izquierda" que colocó en el centro del imaginario político la necesidad de la toma del poder y que tuvo entre sus expresiones novedosas la gestación de organizaciones guerrilleras que reivindicaron la vía armada y la teoría del foco, al calor del impacto de formulaciones teóricas fundamentalmente de origen guevarista. Sobre el proceso de "modernización" imperante por esos años en América Latina se imprimió un clima de contestación social y "una cultura de la revolución" que hundió sus raíces en el campo intelectual y cultural propio de los 60, pero también y en forma muy contundente en los originales entramados que éste adquirió en la región. Algunas notas distintivas refieren, por una parte, a una intensa participación de los jóvenes y su ingreso masivo a la militancia y por otra, a los trabajadores y a sus organizaciones que se volvieron una fuerza crecientemente interviniente en la vida política. Desde esta perspectiva las páginas que siguen tienen como propósito central examinar las experiencias de contestación, articuladas o no en movimientos sociales más vastos, que los trabajadores protagonizaron en Brasil en el curso de esa, aún hoy, polémica década.

Brasil, junto a México y Argentina, componen la tríada de países con mayor grado de desarrollo capitalista e industrialización en América Latina. Este proceso que se inició hacia las postrimerías del siglo XIX, recibió un sostenido impulso a partir de la década de 1930 durante las llamadas experiencias populistas⁽¹⁾ y se intensificó en los años 50 y 60 con las políticas desarrollistas.

Al ritmo de estas transformaciones se incrementó el peso de los trabajadores asalariados dentro de la estructura demográfica y social. Lo distintivo en el caso argentino fue el temprano proceso de transición al capitalismo agrario que se articuló con la modernización de las relaciones laborales en el campo en los años 40, así como la centralidad y homogeneidad que los obreros adquirieron dentro de la estructura de clases. En México a partir de la revolución de 1910 se desencadenó un proceso de transformación y modernización que se imprimió sobre el heterogéneo panorama rural heredado del porfiriato, acelerado por la reforma agraria implementada desde el Estado y por la constante presión campesina a lo largo de los años 20 y 30. La problemática de los trabajadores urbanos fue contemplada en una avanzada legislación laboral y social contenida en la constitución de 1917 que, aplicada parcialmente hasta mediados de los años 30, se tornará una realidad plena en el marco del gobierno cardenista. Por su parte, en Brasil si bien se produjo una temprana traslación hacia un eje urbano-industrial, los campesinos continuaron siendo un actor social excluido y sometido a formas de dominación tradicional hasta bien entrado el siglo XX, conformando una realidad social semejante a la de otras situaciones agrarias en Latinoamérica.

La organización sindical en Brasil durante los años 60 respondió a los patrones delineados durante los gobiernos de Getulio Vargas (1930-45 y 1951-54), en el curso de los cuales se gestó y consolidó un movimiento sindical estrechamente vinculado al Estado y con escaso margen para desarrollar políticas de clase autónomas. El complejo proceso a través del cual se constituyó un sindicalismo de masas comportó, en primer lugar, la represión a las organizaciones obreras preexistentes dirigidas por fuerzas de izquierda con el objetivo de desactivarlas y así generar una nueva organización sindical, en cuyo nacimiento estuvo imbricada la voluntad de control estatal.

La conformación de este nuevo modelo de organización sindical fue acompañada por una intensa legislación que implicó la modernización de las relaciones laborales y la incorporación de la clase obrera al sistema político, convirtiéndose ésta en uno de los soportes fundamentales de esa experiencia, en tanto el campesinado estuvo excluido del nuevo pacto. El "Estado de compromiso" generado por el varguismo desde los años 30 incluyó, en una alianza articulada por el propio Vargas, a los sectores propietarios tradicionales, a los nuevos grupos burgueses y a las Fuerzas Armadas, junto a los trabajadores urbanos.

El modelo de relación Estado-sindicatos forjado en el curso de esa experiencia se caracterizó por la fuerte tutela estatal y la regulación de las relaciones laborales a través de la puesta en marcha de mecanismos jurídico-institucionales, articulados en un diseño legal que excluyó el pluralismo e instituyó el monopolio de la representación. La "atomización" del movimiento sindical fue uno de sus rasgos característicos, en tanto la constitución de una central obrera a nivel nacional estuvo vedada por ley. Sin embargo, ello no obstaculizó que en el marco de esas nuevas estructuras se generara una poderosa y articulada burocracia sindical: el *peleguismo*.

Los elementos caracterizadores en el plano ideológico fueron la preeminencia de rasgos populistas o nacionalistas entre la clase obrera y la fijación de la conciencia de los trabajadores dentro de esos parámetros ideológicos. Esta realidad, que en

América Latina puede extenderse más allá del caso brasileño, presenta como su contracara una escasa inserción de los partidos socialdemócratas y comunistas dentro del movimiento obrero, con la única excepción de Chile.⁽²⁾

Si bien en las décadas previas el populismo había sido "funcional" al capitalismo, en la medida en que había alejado a los trabajadores de las ideologías de clase y paralelamente había generado patrones de organización sindical subordinados al Estado y a las políticas fijadas por éste, en la nueva coyuntura abierta en los años 60 la clase obrera se convirtió en una fuerza social potencialmente peligrosa que junto a otros sectores sociales, entre ellos el propio campesinado, amenazó con desbordar los marcos de contención provistos por aquel.

La década del 60 se inició con una fuerte radicalización del populismo, expresada sobre todo en el curso del gobierno de Joao Goulart (1961-64), quien se colocó a la vez como heredero⁽³⁾ del varguismo y como portador de la profundización de algunos de sus elementos que habían sido sólo insinuados durante los años previos al suicidio de Getulio Vargas (1954). En un marco de activación de múltiples sectores sociales y políticos iniciada hacia mediados de los años '50 en las ciudades y el campo (hasta el momento excluido de las efectivas mejoras que habían logrado los trabajadores urbanos durante el populismo "clásico"), Goulart apeló a la movilización popular en apoyo de un programa de "reformas de base" impulsado desde una efectiva intervención estatal, que desde su perspectiva tendería al desenvolvimiento de un capitalismo más autónomo, resolvería los profundos problemas estructurales y ejercería cierto control sobre el capital extranjero. Esto derivó en una identificación con el bloque del Tercer Mundo y un nivel de resistencia a las crecientes presiones norteamericanas en el país.

Si bien los años '50 habían sido un período de intenso desarrollo industrial y de transformaciones en el perfil productivo de Brasil, ligados en particular a las políticas desarrollistas impulsadas por el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-60), las dificultades económicas que emergieron hacia principios de la década de 1960 fueron el telón de fondo del impulso reformista que acompañó al gobierno de Goulart que incluía una cierta satisfacción de las demandas populares y entre ellas la resolución de una asignatura pendiente: la reforma agraria.⁽⁴⁾

Las bases fundamentales de apoyo a esta experiencia la constituyeron el nacionalismo getulista expresado a través del Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), los trabajadores organizados y los comunistas, que se habían acercado al PTB luego de la muerte de Vargas y aumentaron en forma considerable su influencia al interior del sindicalismo oficial. Las organizaciones obreras estuvieron en el centro de la lucha política y se vincularon activamente en el frente de fuerzas que articuló Goulart. La estructura sindical diseñada durante el varguismo experimentó en este período escasas modificaciones, en tanto los sindicatos y el PTB mantuvieron su efectividad como canales de presión y de movilización de los trabajadores. En el marco de una intensa reactivación de la actividad sindical y del movimiento huelguístico, el elemento de significación de la época fue la constitución en 1962 del Comando Geral dos Trabalhadores (CGT). Esta organización, encabezada por los comunistas y sectores trabalhistas, modificó el panorama sindical en tanto comportó la primera experiencia de una central sindical nacional aunque, como sostiene Leoncio Martins Rodrigues,

"... o CGT foi mais uma organização política das lideranças comunistas e nacionalistas, destinada a ampliar seu poder de pressão na coligação nacional populista do que um organismo sindical propriamente dito (...) a CGT propunha um amplo programa de reformas da sociedade brasileira, reclamando principalmente a limitação (ou eliminação) do capital estrangeiro, maior participação do estado na economia, reforma agrária, etc. (...) no programa do CGT e nos manifestos divulgados em diferentes ocasiões, nota-se a ausência de reivindicações especificamente sindicais como a ausência de críticas ao capitalismo nacional. Pelo contrario, este deveria ser protegido pelo estado contra o capitalismo internacional."⁽⁵⁾

Si bien los sindicatos agrupados en el CGT habían obtenido un grado considerable de influencia en las instancias gubernamentales, se trataba de una influencia delegada y condicionada: el poder sindical que se constituyó a principios de los años '60 estuvo limitado en su autonomía y se desarrolló en el interior de un frente amplio, nacionalista y policlasista conformado desde el Estado.

"Em outras palavras: os dirigentes sindicais começavam a ser um ator importante na política brasileira mas sua influência apenas se concretizava na medida em que constituíam um parceiro para a realização de um projeto político nacionalista que envolvia segmentos das forças armadas, da tecnocracia governamental, dos empresários "nacionais", dos estudantes, dos intelectuais, etc. No centro das articulações estava o Estado..."⁽⁶⁾

El proceso de grandes movilizaciones sociales y sindicales pre- 64 expresó un nivel creciente de demandas que encontró un fuerte impulso desde el marco estatal, aunque se mantuvo la estructura sindical creada durante el Estado Novo así como la fuerte tutela, sin que existieran tentativas de las distintas tendencias ideológicas actuantes al interior del movimiento obrero para romperla. Si bien la incidencia de los sindicatos en el proceso de agudización de los conflictos políticos y de desequilibrio en el sistema de poder desde el ascenso de Goulart a la presidencia fue importante, este escenario fue compartido por los campesinos, en fuerte proceso de organización y politización desde los años 50 y por parte del espectro político partidario.

Las proclamadas "reformas de base" encontraron un sistemático rechazo en los sectores propietarios, que se sumó a la profunda desconfianza de los militares frente al populismo radicalizado que encarnaba Goulart y que no garantizaba un efectivo encuadramiento de los sectores populares. El gobierno se encontró así jaqueado por un lado, por una creciente movilización social y política, y por otro, por una fuerte oposición de la derecha, los sectores tradicionales, las Fuerzas Armadas y los intereses norteamericanos en el país.

Un golpe de estado resolvió por la fuerza este conflicto cerrando el ciclo populista que se había abierto hacia 1930, eliminando el "Estado de compromiso" y clausurando definitivamente las posibilidades de políticas de sesgo redistribucionista e imponiendo abiertamente el dominio económico y político de la gran burguesía. Así, la profunda movilización social y política que caracterizó a los primeros años de

la década del '60 fue desmantelada abruptamente por una dictadura militar que se instaló en el aparato del Estado en 1964, abriendo el ciclo de dictaduras militares de nuevo tipo que se impusieron en la mayor parte de América del Sur en los años 70 (Chile y Uruguay en 1973, Argentina en 1966 y 1976) como expresión de la Doctrina de la Seguridad Nacional.⁽⁷⁾ La represión política y social y el terror como mecanismo de control y disciplinamiento social fueron uno de los componentes fundamentales de estos regímenes.

La dictadura brasileña, que se prolongó durante más de 20 años, tuvo momentos y características diferenciadas respecto de las dictaduras latinoamericanas de los años 70. En primer lugar, si bien se instaló como un gobierno fuertemente represivo, el período más duro fue el que se abrió hacia 1968 y desde 1974 en adelante cedió paso a un proceso de gradual apertura política concedida por el Estado militar. En segundo lugar, excepto durante un breve período, funcionó el parlamento, se llevaron a cabo elecciones y fue posible una limitada expresión política de la oposición, aunque ésta tuviera importantes restricciones. En tercer lugar, desde sus inicios la dictadura se asoció a la continuación de una política económica de tinte desarrollista, que durante el período 1968-73 tuvo resultados exitosos: el "milagro brasileño". Este derivó en una complejización de la estructura económica y del perfil de la fuerza de trabajo y acentuó la importancia de los sectores industriales de punta con mano de obra calificada que se ubicaron sobre todo en el cinturón industrial de San Pablo.

El autoritarismo militar despertó profundas reacciones, más visibles en ámbitos urbanos, y en particular en las Universidades y los medios sindicales. Hacia 1967-68 emergió una oposición creciente que se expresó en la movilización estudiantil y en el estallido de algunos movimientos de huelga, que se conjugaron con la aparición de la guerrilla. Al respecto Maria H. Moreira Alves⁽⁸⁾ sostiene que la maduración del modelo económico y la política represiva propiciaron una alianza informal de varios sectores de la oposición que se inició en 1967 y se transformó en movimiento social de masas en 1968. La represión del gobierno militar sobre las movilizaciones hizo que la Iglesia tomara partido, mientras que los diputados de la oposición dentro del Congreso utilizaron este lugar para expresarse en contra del Ejecutivo.

Frente al resurgimiento de la oposición y al embate de nuevos y viejos actores políticos y sociales, la dictadura endureció su política represiva a través de la promulgación en 1968 del Acta Institucional N° 5, que cercenó aún más las libertades públicas y obtuvo los canales de participación restringida que habían sobrevivido al golpe de 1964.

En el contexto de la situación descrita se montó la emergencia de organizaciones que adoptaron la vía armada para combatir a la dictadura. Estas se nutrieron de sectores provenientes de la izquierda marxista y en particular del Partido Comunista, quien hasta el momento había sido hegemónico dentro de la izquierda brasileña. En el curso de los años 60 sufrió sucesivos desgajamientos, liderados por militantes que rechazaban su línea política moderada y reformista dando lugar al surgimiento de grupos guerrilleros como la Ação de Libertação Nacional (ALN) dirigida por Carlos Marighela⁽⁹⁾. Las guerrillas tuvieron una vida efímera, en tanto ya hacia 1973 habían sido casi completamente desarticuladas. Fueron una expresión fundamentalmente urbana, y aunque se desarrollaron aisladas de los sectores

populares, contribuyeron a definir con notas originales el clima político de la época en consonancia con fenómenos similares que se desarrollaron paralelamente en casi todos los países latinoamericanos.

La represión brutal, que coincidió con el éxito del "milagro económico", clausuró las experiencias de contestación social. Sin embargo, éstas se verían renovadas en los primeros años 70 cuando un creciente descontento social y político, estimulado por la desaceleración de los indicadores económicos, se expresó en una importante actividad opositora en el marco de la cual la Iglesia católica fue uno de los principales protagonistas y tuvo su eje articulador en la defensa de los derechos humanos. Una muy moderada liberalización del régimen fue la respuesta estatal.

Volviendo a los trabajadores, mucho se ha insistido en que el modelo Estado-sindicatos que se constituyó con el varguismo se mantuvo sin demasiadas modificaciones hasta los años '80.⁽¹⁰⁾ Sin embargo, la dictadura militar lo afectó en forma considerable, en tanto disminuyó el poder de negociación de los sindicatos y alejó a la burocracia del contacto con el Estado, deteriorando sus principales bases de sustentación. Este proceso incidió en la apertura de un nuevo ciclo en la actuación del movimiento sindical que a fines de los años 60 estuvo vinculado a la emergencia de nuevas formas de liderazgo sindical y de una incipiente organización obrera al interior de las fábricas, especialmente visible en las zonas de reciente industrialización.

El golpe de 1964 en Brasil produjo perplejidad y desencanto en las filas de la militancia sindical frente a la ausencia de reacción en las fábricas y la impotencia de los sindicatos. En el debate posterior se atribuyó la debilidad sindical y las escasas raíces en los ámbitos fabriles a las prácticas y la orientación del período populista y a la dependencia del Estado. Las huelgas de 1968 en Osasco (San Pablo) y Contagem (Minas Gerais), meses antes del período de excepción, a pesar de su rápido agotamiento por efecto de la fuerte represión estatal, estuvieron inscriptas en la negación de las prácticas vigentes del sindicalismo oficial y parecieron indicar para algunos militantes y científicos sociales el germen de una actividad obrera estructurada desde las fábricas como espacio principal para la constitución de un sindicalismo autónomo y sin interferencias del Estado, como el que emergió con fuerza en el escenario sindical y político a fines de los años '70.

Así, los distintos análisis establecen nexos de continuidad entre estas experiencias y el renovado movimiento sindical de sesgo antiburocrático de fines de los años 70, entre cuyas notas distintivas se ubica la marcada autonomía frente al Estado, que cierra el largo ciclo de subordinación sindical al aparato estatal inaugurado durante la experiencia populista.⁽¹¹⁾ Las expresiones más significativas de este nuevo fenómeno fueron el surgimiento hacia 1979/80 de una central sindical nacional alternativa a la burocracia, la Central Unica dos Trabalhadores (CUT) y de su expresión política, el Partido dos Trabalhadores (PT) que, desde un marco de renovación profunda de los esquemas de la izquierda, logró montar una estructura organizativa de alcance nacional y ubicarse como una real alternativa político-electoral desde hace por lo menos una década.

NOTAS

- * Cátedra de Historia de América contemporánea, Escuela de Historia y Cátedra de Historia Social Latinoamericana, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- ** Cátedra de Historia de América Contemporánea, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- 1) En las ciencias sociales en América Latina *populismo* es un concepto que, aunque controvertido, posee una amplia difusión. Desde las distintas interpretaciones el mismo remite tanto a ideologías, articulaciones discursivas, regímenes políticos como a situaciones estructurales. La perspectiva desde la cual utilizamos este concepto hace referencia a las experiencias abiertas a partir de los años 30 en Brasil (1930-64), México (1934-40); y Argentina (1945-55), caracterizadas por una serie de denominadores comunes; el nacionalismo como componente ideológico fundamental, la fuerte presencia estatal en lo económico y social en un sentido redistribucionista, un modelo de desarrollo industrial orientado al mercado interno, la organización de un sindicalismo de masas estrechamente vinculado al Estado, fuertes liderazgos personales y componentes autoritarios en algunos casos (la excepción es el México cardenista). Al respecto ver Carlos M. VILAS (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994 y Mario A. PETRONE y Maria Moira MACKINNON (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, Eudeba, Buenos Aires, 1997.
- 2) En Chile la presencia de socialistas y comunistas dentro del movimiento obrero será hegemónica a lo largo del siglo XX, y el fracaso de los ensayos populistas un hecho incontrastable.
- 3) Goulart era el líder más importante del Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), organización que había fundado Vargas en 1945 con el objetivo de consolidar una base de sustentación efectiva en las nuevas condiciones, a través del encuadre político de los trabajadores urbanos. Como representante de este partido nacionalista y de base obrera, Goulart había sido elegido vice-presidente de la nación en 1955 y 1960, asumiendo un discurso populista radicalizado. En 1961 luego de la renuncia del presidente Janio Quadros, Goulart asume la presidencia en un marco de profunda inestabilidad política que se extiende hasta su derrocamiento por un golpe militar en 1964.
- 4) La reforma agraria incluida centralmente dentro de la agenda de temas de los distintos ensayos políticos de los 60 debe necesariamente concebirse en términos más complejos, en la medida en que también respondía a la necesidad de modernización y desarrollo de las estructuras agrarias, espacio en el cual estaba asociado, según los diagnósticos de distintos organismos internacionales, la situación de atraso de América Latina
- 5) Leonicio Martins Rodrigues, "Sindicalismo e classe operaria (1930-1964)", en Boris Fausto (dir.), *Historia Geral da Civilização Brasileira*, vol. 3: O Brasil Republicano. Sociedade e Política (1930-1964), Edit. Bertrand Brasil S.A., Rio de Janeiro, 1991, pp. 547-48.
- 6) Leonicio Martins Rodrigues, "O sindicalismo brasileiro: a crise do corporativismo", en AA.VV., *Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina-Brasil*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 1992, p. 14.
- 7) Las Doctrinas de Seguridad Nacional tienen una cabal formulación y aplicación en América Latina a partir de la nueva coyuntura abierta por la Revolución Cubana. La presión norteamericana sobre el área y la preocupación de las clases dominantes frente a la radicalización social y política en la mayor parte de estos países, determinaron que las Fuerzas Armadas se modernizaran y se adecuaron a las nuevas condiciones de la guerra fría en el subcontinente que había iniciado el emblocamiento de Cuba con la URSS. La represión contra el comunismo se expresó en la determinación de "fronteras ideológicas".

COMENTARIO SOBRE EL NARCOTRAFICO EN LOS AÑOS OCHENTA

Silvio Aragón

- y en la lucha contra el "enemigo interno", presente en todos los ámbitos y sectores de estas sociedades, que debía ser combatido a través de métodos no convencionales, especialmente en aquellos casos donde hubieran surgido grupos guerrilleros. Las Fuerzas Armadas que se conformaron al calor de estas nuevas hipótesis de conflicto militar fueron el sostén fundamental de las dictaduras que se instalan en el curso de los años sesenta y setenta en casi todos los países latinoamericano.
- 8) Maria Helena Moreira Alves, *Estado e Oposiçao no Brasil* (1964-1984), Edit. Vozes, Petrópolis, 1989, p. 115.
 - 9) Entre las organizaciones armadas debemos consignar que algunas de ellas tuvieron su origen en grupos militares, un ejemplo fue Vanguardia Popular Revolucionaria, liderada por Carlos Lamarca. Para un análisis más detallado de los grupos guerrilleros vease Edgard Carone, *Movimento operario no Brasil* (1964-1984), Difel, Sao Paulo, septiembre 1984.
 - 10) Al respecto véase la 2ª parte del volumen colectivo *O mundo do trabalho. Crise e mudança no final do século*, Edit. Pagina Aberta Ltda, Campinas, 1994.
 - 11) Cfr. Tullo Vigevani, "Sindicatos, comisiones de fábrica y reorganización del movimiento obrero en Brasil (1964-1979)", en *Revista Coyoacán*, N° 7-8, México, enero-junio 1980 y Vera da Silva Telles, "Anos setenta: experiencias, prácticas e espaços políticos", en Lúcio Kowarick (org), *As luttas sociais e a cidade*, Paz e Terra, Sao Paulo, 1988.

La producción, consumo y tráfico de drogas ilegales, es un fenómeno de proporciones globales. Al conjunto de estas acciones se les ha llamado NARCOTRAFICO. Este negocio por sus características de ilegalidad, es una empresa a la cual se la debe combatir. Estados Unidos siempre ha sido el motor que da vida a toda una maquinaria destinada a la "guerra a las drogas" lanzada en los años ochenta. Es llamativo como en los años en que las guerrillas de izquierda dejaban de ser el "enemigo a destruir", aparece uno nuevo y con características desconocidas para su lucha.

Los países productores de América Latina, pagan los costos de una guerra a la cual no fueron invitados, simplemente son víctimas de su dependencia económica, de la fragilidad de sus democracias y de la falta de soluciones de sus Estados. El narcotráfico poco a poco se transforma en un "mal necesario". Es un mal por todos los mecanismos de violencia que genera y por todas sus consecuencias, y es necesario porque donde el Estado no llega, el narcotráfico lo reemplaza por medio de fuentes de trabajo y satisfaciendo las necesidades de una población, cada vez más carente.

El presente artículo, en forma muy breve, intentará mostrar la relación que existe en los países de América Latina, entre el narcotráfico, la democracia y el Estado. En los años ochenta las ideologías y las grandes luchas de décadas anteriores perdían campo, pero también perdía sentido toda la maquinaria antisubversiva norteamericana. Este mecanismo de presión no podía perderse, ni tampoco dejar tanta gente desempleada.

La década de los ochenta tuvo coyunturas favorables para que el narcotráfico se transformara en "el problema" de fin de siglo. Los países del cono sur, volvían a la democracia, luego de destruir la ilusión y las utopías de miles de jóvenes, como así también de marcar a la sociedad con el terrorismo de estado como nunca había ocurrido. Las economías estaban devastadas, con deudas externas imposibles de pagar, generando crisis regionales de características extremas. Las nuevas democracias tenían un panorama nada alentador, una sociedad incrédula, economías paradas, una dependencia económica innegable y por sobre todo un Estado incapaz de resolver nada.

Así planteado el panorama en los años ochenta, el campo estaba preparado para el surgimiento explosivo de una actividad, que no era nueva, pero que tomaría proporciones y publicidad desconocidas hasta ese momento.

En un primer momento los países implicados como productores eran Bolivia, Perú y Colombia, pero poco a poco el problema se fue extendiendo a gran parte del continente. Se empezó a sospechar que algunos gobiernos estaban directamente relacionados con el narcotráfico, y que también la CIA prefería a los "narcos" en el